comprendida generalmente, esto es, en el sentido ya indicado, como recurso para conseguir la energía en la expresión.

94. Según la definición que hemos dado de *imagen,* se ve que ésta puede ser de dos maneras: ya relativa á un objeto abstracto ó suprasensible que se describe y figura como si fuera sensible, y que á veces se personifica (prosopopeya); ya, por el contrario, se concreta á una cosa meramente sensible, pero con tales rasgos, con tal propiedad y vigor en las palabras, que se pinta, digamos, más bien que se describe. En esta forma es común también, como en la anterior, la *prosopopeya ó personificación,* pues que se hace obrar y hablar á los seres inanimados como si tuviesen vida ó fuesen personas. (V. Prosop., § 144). Gutiérrez Nájera, refiriéndose á la *luz,* dice en su elegía titulada «Tristísima Nox»:

Y con ella se van la paz *amiga,*
la *dulce* confianza, el *noble* brio
de quien, alegre, con vigor trabaja;
y para consolarnos, *mudo* y *frío*
con sus alas de bronce el *sueño* baja.

En que además de personificar seres abstractos por medio de epítetos que sólo convienen á los animados y vivos, pinta al sueño bajo forma de monstruoso animal de alas de bronce. Lástima que la imagen quede aquí indeterminada y vaga. Es más preciso Herrera en su «Canción al Sueño», en el ejemplo citado con ocasión de los epítetos, cuando personifica al mismo ser abstracto bajo la forma de un *ángel, coronado de adormideras, que bate perezosa y blandamente sus alas por el vago cielo.*

Nicasio Gallego en su elégia «Al Dos de Mayo», personifica á la nación española, en los siguientes hermosos y sentidos versos:

. . . . . .
Mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío
al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta y desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve que le oculta el llanto:
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza á sus pies rugido lastimero.

El mismo autor representa en forma de matrona augusta á la América del Sur en su magnífica oda «A la Defensa de Buenos Aires», en que dirige un enérgico apóstrofe á los españoles.

Pero en todos estos casos, y mil más que pudiéramos citar, hay imagen de objetos abstractos y morales, en el siguiente ejemplo puede verse una relativa á objetos físicos:

La noche no desciende de los cielos,
es marea profunda y tenebrosa
que sube de los *antros:* mirad cómo
aduéñase primero del abismo
y se retuerce en sus verdosas aguas;
sube, en seguida, á los rientes valles,
y cuando ya domina la planicie,
el sol convulso brilla todavía
en la torre del alto campanario,
en la copa del cedro, en la alquería
y en la cresta del monte solitario.

—

Es náufraga la luz: terrible y lenta,
surge la sombra: amedrentada sube
la triste claridad á los tejados,
al árbol, á los picos elevados,
á la montaña enhiesta y á la nube.
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
la arroja de sus límites postreros,
en pedazos, la luz, el cielo puebla
de soles, de planetas y luceros.

N. Gutiérrez Nájera.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

La *imagen,* como puede verse, es un bellísimo adorno literario y un auxiliar importante del lenguaje poético; constituye con los *epítetos,* los *tropos,* las *repeticiones* y las *figuras patéticas,* la fuente abundante de que mana la belleza y el vigor y colorido de la frase. Las reglas que norman el uso de este recurso literario son, en consecuencia, las mismas que han sido indicadas á propósito de los epítetos, y las que serán consignadas respecto de las elegancias y los tropos, principalmente la metáfora y la prosopopeya. Estas reglas se reducen, en último análisis, á la *claridad, naturalidad* y *oportunidad* en la idea y el lenguaje. Mas conviene advertir, para corregir el abuso, que la imagen, como todo lo valioso, no debe prodigarse; pues que todo se desnaturaliza y pierde su mérito en proporción de su abundancia. Además, *pensar,* no siempre es *pintar;* y el escritor colorista que deja á la fantasía volar libremente, sin imponerle el freno de la inteligencia y la razón que la sujeten, se arriesga á perder en majestad, grandeza y profundidad en el pensamiento lo que gana en vida y movimiento en la expresión: mutila, digamos así, en detrimento suyo la propia actividad del espíritu y convierte sus escritos en una exposición de fantasmas y de quimeras, que podrá halagar al indocto, pero que no dan cumplida satisfacción á la inteligencia elevada y culta, y al sentimiento delicado del verdadero crítico.

IV

95. Otro recurso retórico de un gran valor para alcanzar la energía es la *concisión* del lenguaje. Esta cualidad consiste en expresar solamente aquello que es indispensable para la cabal inteligencia de lo que se desea comunicar. Procede en gran parte, según se ha dicho (§§ 54 y 83) de la *precisión* en las ideas y de un perfecto conocimiento del idioma. Su fundamento psicológico se

encuentra en el sentimiento, en la pasión, que graba de un modo breve é incisivo una idea, profunda muchas veces. Rioja, por ejemplo, en su magnífica «Epístola á Fabio» trae este enérgico pensamiento, en que la profundidad en la idea se une á la propiedad y concisión del lenguaje:

> No quiera Dios que imite estos varones
> que moran nuestras plazas macilentos,
> de la virtud infames histriones:
> estos inmundos trágicos, atentos
> al aplauso común, cuyas entrañas
> son infectos y obscuros monumentos (1).

Díaz Mirón, en sus Fragmentos de un «Libro» (Á Gloria), muestra gran energía en todos sus pensamientos, efecto de un lenguaje claro, propio y conciso, y de su natural apasionamiento en las ideas; tal como puede verse en los siguientes versos:

> Los claros timbres de que estoy ufano
> han de salir de la calumnia ilesos;
> hay plumajes que cruzan el pantano
> y no se manchan... ¡mi plumaje es de esos!

Díaz Mirón es el más enérgico de nuestros poetas. Léanse todas sus composiciones, algunas de ellas verdaderos modelos de la lengua, y se encontrarán á cada paso muestras de esta cualidad, que en él depende del apasionamiento en la idea y de la *concisión* y *propiedad* del *lenguaje.*

Como prueba de que el *epíteto* oportuno y gráfico, la *imagen* valiente y la *concisión* del *lenguaje* dan vigor y energía á la expresión, basta este soneto de F. de Herrera «A la Batalla de Lepanto»:

(1) La alusión final, tan verdadera, tan profunda y tan brevemente expresada, da gran energía al pensamiento.

Hondo Ponto, que bramas *atronado*
con *tumulto* y *terror*, del *turbio* seno
saca el rostro, de *torpe* miedo lleno (1)
mira tu campo arder *ensangrentado*:
y junto en este cerco y encontrado
todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
y cubierto de *humo*, y *fuego* y *trueno* (2)
huir *temblando* el impío quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
mayor *celebra* que jamás vió el cielo (3)
y más *dudosa* y *singular hazaña*.
Y di, que sólo mereció la gloria
que tanto nombre da á tu *sacro* suelo,
el joven de Austria y el valor de España.

96. La *buena coordinación* de las *cláusulas* exige que el pensamiento se presente del modo más favorable, á fin de que sea capaz de producir la impresión que se desea; y es, en consecuencia, juntamente con la *concisión*, con la cual se confunde en ocasiones, uno de los medios más importantes y adecuados para conseguir la energía. Si se descuida, en efecto, la estructura y buena coordinación de los varios elementos que forman un pensamiento, en vano se hará uso de epítetos expresivos y gráficos, de imágenes valientes y de todos los recursos que aconseja la experiencia: la difusión en el concepto, la debilidad y languidez en la expresión, son el resultado necesario de tal descuido. Esta buena estructura y acertada coordinación exige: que no haya en el período voces, incisos, complementos ó miembros inútiles ó redundantes; que las palabras enfáticas ó capitales se coloquen en el punto que hagan mayor impresión, y que las voces homólogas, ó que tienen una significación análoga, se sigan de modo que se observe en ellas una perfecta gradación. Fácil será multiplicar los ejemplos.

(1) Valientísima imagen propia de un gran poeta.
(2) Repetición que da mayor fuerza á la frase, de suyo enérgica.
(3) Hipérbaton enérgico.

Dice un autor:

Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como éste, ningún otro le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva.

Cláusula débil por efecto de la repetición y del paréntesis.

No es posible, ni cabe en la posibilidad, que la maldad y el vicio dejen de llevar tarde ó temprano su merecido castigo.

En ésta, todo el segundo miembro es redundante.

Jamás sin virtud alcanzará el hombre bienestar y calma.

La energía exige colocar la palabra enfática *jamás* después de virtud, en esta forma: Sin virtud jamás alcanzará el hombre bienestar y calma.

La ley es el poder de los pueblos civilizados.

Es más enérgica la frase puesta de este modo: El poder de los pueblos civilizados es la ley (1).

Rioja en su famosa canción «A las ruinas de Itálica» dice:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran Padre de la patria, honor de España,
pio, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido, gaditano.

La última circunstancia es redundante, y quita por esto toda la fuerza á la valiente imagen *ante quien*

(1) Arpa y López, *Ejercicios Prácticos de Literatura*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

muda se postró la tierra. Después de ella lo demás no sólo sobra, sino que empequeñece lo que se acaba de realzar.

96 bis. Los *modificativos* y *complementos circunstanciales* deben colocarse en el punto en que sin perjuicio de la claridad hagan más enérgica la frase; por ejemplo: «Hace dos meses, no sé en qué fecha, en el teatro y en presencia de varios amigos, dije á V. que el negocio no podía convenirme.» Sería mejor no colocar juntos todos los circunstanciales, sino separarlos en esta forma ó en otra parecida: «Hace dos meses, no sé en qué fecha, dije á V. en el teatro, y en presencia de varios amigos, que el negocio no podía convenirme.»—La construcción de cláusulas en que vayan voces homólogas ó gradaciones en más ó en menos, debe hacerse conforme á la respectiva intensidad y fuerza de las voces. No acertó Fernández Lizardi (pensador mexicano) cuando en un bello soneto dice:

¿Ya ves del rey el cetro dominante?
¿el celo del ministro diligente?
¿del soldado el acero reluciente?
¿y de los grandes, cruces de diamante?
¿El solícito afán del comerciante?
¿el oro y la riqueza del pudiente?
¿el estudio del sabio, permanente?
¿y de la dama, en fin, el buen semblante?
Pues todo ese poder, esa grandeza,
ese esplendor y gloria imaginada,
ese marcial espíritu y braveza,
es en la muerte, al fin de la jornada,
cetro, instrucción, acero, afán, belleza,
polvo, sombra, ceniza, viento, nada.

Porque ni hay correspondencia en las ideas homólogas de los dos cuartetos, ni hay gradación en el terceto final, y menos en el último verso.

Es inútil insistir, se advierte claramente que la buena coordinación de la cláusula es un medio eficaz para producir una impresión profunda y durable en el ánimo de

los oyentes ó lectores, y de volver, en consecuencia, enérgico el discurso.

97. Lo importante, sin embargo, no es aprender mecánicamente todo esto, sino penetrarse bien de la necesidad que hay de tener una *idea* muy *clara* de lo que se *quiere comunicar,* y de *conocer á fondo* el *idioma.* Con esto, la pasión misma se infiltra en el pensamiento y adquiere el *vigor* y *energía* con que lo siente el que habla ó escribe.